

AYER Y HOY

AÑO IX

TOLEDO, JULIO-AGOSTO 1956

NUM. 54

EL TOLEDO DEL GRECO

Por el Dr. D. GREGORIO MARAÑÓN

(Fragmento del discurso de recepción que fué leído por su autor el día de su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes —20 de Mayo de 1956—, y que constituye un anticipo del libro de pronta aparición que llevará el mismo título).

V

Requiere algunos comentarios más la génesis de las imágenes irreales del pintor de Creta. De las hipótesis que se han traído y llevado para explicarla, se ha desechado ya la que en otro tiempo tuvo mucha boga, la del astigmatismo miópico, que crearon, no los médicos, sino los críticos: el primero Justi. Los médicos —Goldschmidt, García del Mazo y sobre todo Beritens— acogieron ávidamente la indicación de los críticos para explayarse en un cientificismo doctrinal. Es curiosa la sugestión que ejerce la Medicina en los tiempos modernos, sugestión de mito sobre tribus primarias. Los papeles del doctor Beritens (cierto que denunciaban a un hombre inteligente y a un hábil escritor) tuvieron una resonancia universal, rara de lograr al otro lado de la frontera por los pensadores españoles. No hay que decir que la hipótesis del astigmatismo no tiene valor alguno porque, además de otras razones de pura óptica, no se trata, en los santos del Greco, de meras deformaciones morfológicas, sino de un expresionismo que, por razones rigurosamente espirituales, tradujo el Greco en una representación dinámica, en una vibración alargada de las figuras celestes, en lo que pudiera llamarse una «pintura ascensionista» y no en un simple alargamiento estético de estas figuras.

Más interés tiene la hipótesis de la locura. A la locura hay que tratarla con mucha consideración y sabiendo bien lo que vamos a decir. El hombre medio considera como tipo normal, en la conducta y en el pensamiento, al que se ajusta a unas pautas determinadas, creadas por un convenio tácito, refrendado por leyes y reglamentos que se fundan en la elemental consideración de que son así la mayoría de los ciudadanos que viven sin alborotos ni rebeldías. Y, en efecto, puede admitirse que estos seres grises representan el centro de la normalidad. Pero los límites de la normalidad no

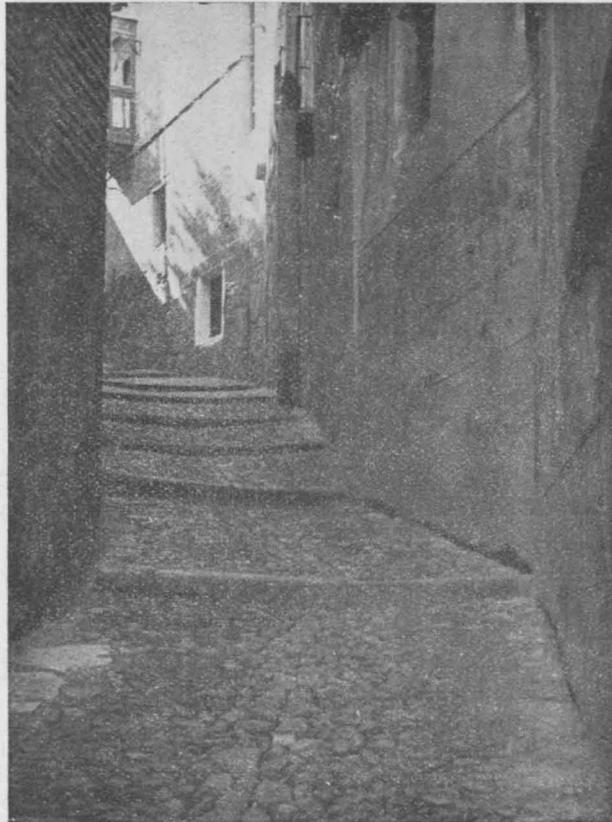
terminan donde terminan ellos, sino mucho más allá. Por de pronto, sin un poco de lo que oficialmente se llama locura, la humanidad se estancaría en unas pocas generaciones. Hay, por fortuna, en todas las épocas y lugares, personalidades humanas que flanquean

los pedantes, los puritanos de la ciencia o de la moral. El pueblo, en cambio, tiene varias y exactas expresiones para designar estos estados que parecen locuras y, estrictamente, no lo son. Cuando las gentes dicen que alguien «está fuera de sí» o que «desatina» o que «está enajenado», no quieren significar que está loco, sino que actúa fuera de la normalidad habitual por el impulso de una pasión. «Locura», en todos estos casos, significa sólo un grado extremo de la pasión normal. Santa Teresa, a la que no pocos médicos han pretendido puerilmente diagnosticar de diversas neurosis o psicopatías, es un ejemplo de la pasión extremada de un alma excelsa llevada hasta la apariencia de locura; y ella misma lo explica muchas veces, por ejemplo: cuando hablando del tercer grado de la oración, escribe con inefable pluma: «Yo no sé otros términos como decirlo ni como declararlo, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque no sabe si habla ni si calla ni si ríe ni si llora. Es un glorioso desatino, una celestial locura en donde se aprende la verdadera sabiduría y es deleitosísima manera de gozar el alma». No cabe definir mejor a «la razón de la sinrazón» del misticismo que con esta fórmula teresiana: «es una celestial locura en donde se aprende la verdadera sabiduría».

No tenían este sentido superlativo de la locura los

comentarios de extravagancia que desde muy el comienzo inspiró a los academicistas, casi todos cristianos viejos, la personalidad del Greco. Esta extravagancia, de la que Palomino y Jusepe Martínez acusan al gran pintor, lleva envuelta, en su acento despectivo, una sospecha de locura verdadera. Pero como ya he indicado y Cossío vió certeramente, fueron los románticos, a partir de Gautier, los que hicieron el diagnóstico explícito de *fou de génie* de Domenico.

Luego vinieron los diagnósticos de los psiquiatras con rótulos temerosos



Toledo, para el Greco, fué siempre Sinái

G. MARAÑÓN

el gran ejército, mentalmente uniformado y disciplinado, de los normales. Estas personalidades fuera de la rutina se mueven ya en una zona equívoca porque como no obedecen a las normas previstas, insensiblemente se continúan con la humanidad que ya no es oficialmente normal, esto es, con la tocada de locura o de conducta antisocial. En esta zona equívoca están los grandes santos y los grandes creadores, y es inevitable que, desde la otra acera, se les juzgue como grandes extravagantes, inquietos e insensatos.

Mas, en realidad, sólo los juzgan así